

esta en consecuencia con el objeto de...  
ya por su parte...  
Hacia poco tiempo por Juan Spurzheim...  
interior poco mas o menos...  
como los motivos de la alta corteza...  
disparada...  
Eso hacia hacia gran parte...  
habia mas que una parte...  
habia era un hombre...  
Lo que le detestaban...  
el lado por donde...  
Las nueve de la noche...  
del camino...  
Juan Spurzheim...  
llegaba a en camino...  
cada, entre el palacio...  
Las tiendas se cerraban...  
districciones y sus...  
La recámara era...  
de tela de un color...  
El director de la policia...  
cabera apoyada...  
toda un tubo...  
Y hacia a la izquierda...  
pero cuyos perfiles...  
Hoy torres que no...  
mas dos van solo...  
en ese ambiente...  
que un silencio...

### SEGUNDA PARTE.

#### EL GABINETE DEL DIRECTOR DE POLICIA.

##### I.

BARBARA DE MONTELEONE.



RA la noche misma en que pasan los sucesos que de-  
jamos referidos.

Tres ventanas estaban débilmente iluminadas en una gran casa de la piazza del Mercato, situada en la estremidad oriental de Nápoles, cerca del lugar en donde está hoy la estacion de los caminos de hierro de Capua y de Castellamare.

Era la casa, mejor dicho, el palacio del señor Juan Spurzheim, austriaco de nacimiento, director de la policia real.

La oficina de policia ocupaba casi todo el piso bajo. La familia del director ocupaba los altos.

Una de las ventanas iluminadas, era la de la recámara del señor Spurzheim; las otras dos pertenecian á un salon, en donde su muger es-

taba en conferencia con el doctor Pier Falcone, joven médico, ilustrado ya por su saber.

Hacia poco tiempo que Juan Spurzheim estaba en Nápoles; unos tres meses poco más ó menos. Se ignoraba completamente su pasado, así como los motivos de la alta confianza que la corte le había luego luego dispensado.

Pero nadie podía decir que esta confianza no fuera merecida. No había más que una opinión en este particular; el nuevo director de policía era un hombre pródigo y sumamente hábil.

Los que le detestaban, y tenía muchos enemigos, buscaban en vano el lado por donde atacarlo.

Las nueve de la noche acababan de sonar en el reloj de Santa María del Carmine, en el momento en que penetramos en la recámara de Juan Spurzheim. Era precisamente el momento en que la animación llegaba á su colmo en la Strada-di-Porto. Pero en la plaza del Mercado, entre el palacio y la iglesia, todo estaba tranquilo, casi desierto.

Las tiendas se cerraban ya; los habitantes de este barrio, bastante lejano del centro, tienen la costumbre de ir á buscar á otra parte sus distracciones y sus placeres.

La recámara era sencilla hasta la austeridad; muy alta, y tapizada de tela de un color sombrío. Una sola lámpara la iluminaba.

El director de la policía real estaba acostado sobre su lecho, con la cabeza apoyada sobre una sola almohada de cerda, porque afectaba en todo un rudo estoicismo.

Veíanse á la luz de la lámpara sus facciones, pálidas y enflaquecidas, pero cuyos perfiles anunciaban una viva inteligencia.

Hay rostros que no se olvidan jamás, aun cuando no se les haya visto más que una sola vez. Desde la primera mirada habíamos reconocido en ese enfermo, en ese moribundo casi, porque parecía no tener ya más que un aliento, al flemático y taciturno viajero de la carroza de Battista Giubetti.

Era el hombre de la montera de seda negra, el señor David, el que ocupaba, él solo, dos lugares en el interior del coche; el mismo que había aparentado dormir mientras que nuestro seminarista Julian platicaba con su hermanita Celeste.

El mismo también que había mandado á Battista, en nombre del *carbon y del hierro*.

El mismo, finalmente, que había denunciado á los contrabandistas reunidos en su cueva, á la derecha del camino del Corpo-Santo, la partida de Palermo de Loredano Doria y de la condesa Angélica.

La historia cita, entre los altos dignatarios de la policía, hombres de cabeza y de corazón, verdaderos caballeros, que combatiendo el mal

cuerpo á cuerpo, llegaban hasta á penetrar en los misteriosos retiros de los enemigos de la sociedad, para atacarlos más seguramente.

En Italia, Azeglio se hizo carbonario; en Inglaterra, el famoso Templeton llegó á ser el cómplice, aparente, de Wat-Tyler.

Tal vez Johann Spurzheim era de estos hombres.

A lo menos, ya lo hemos visto en el subterráneo del Corpo-Santo, en torno del cadáver sin sepultura de Mario Monteleone, en medio de los Caballeros del Silencio.

El lector lo había adivinado ya, bajo su máscara, á pesar de ese apellido Heimer añadido á su nombre David.

El era, el confidente y el secretario del Gran maestré.....

Otras veces sucede lo contrario. El conjurado imprudente y atrevido, por una de esas mil casualidades que forman la vida, puede llegar de pronto hasta el poder, y dominar esa misma sociedad que atacaba.

Dos caminos están abiertos delante de él en este caso:

Renegar de su pasado, ó proseguir su obra.

La continuación de esta historia nos dará á conocer cuál era, bajo este respecto, la religión del *cavaliere ferraio* David Heimer, convertido en el señor director Johann Spurzheim.

Sabremos más tarde por quién ó contra quién combatía.

Lo que está fuera de toda duda es, que á aquella hora lo hubiérais creído incapaz de combatir á nadie.

Sus ojos estaban cerrados; sus labios, pálidos, azules, entreabiertos penosamente, parecían buscar el aliento que huía de ellos. Sus mejillas, huecas y descarnadas, tenían una sombra ó mancha negra debajo de los párpados.

Todo su cuerpo conservaba una moribunda inmovilidad.

No dormía, sin embargo, porque de vez en cuando, un estremecimiento brusco agitaba sus labios, y plegaba las arrugas de sus sienes.

Hubiérase dicho, en verdad, si es que no estaba soñando, que escuchaba sonidos lejanos y misteriosos, que ningún hombre en plena salud hubiera podido percibir.

Hubiérase dicho, que la conversación de dos personas invisibles llegaba hasta él.

La agonía tiene frecuentemente de estos silenciosos delirios.

Y ciertas personas pretenden, que una sutileza prodigiosa del oído, es el último privilegio de los que van á morir.

No había nadie más que él en su aposento en aquella hora, y ningún ruido de voces se percibía afuera.

Los dos personajes más próximos á Spurzheim, eran Bárbara de Monteleone, su mujer, y el joven doctor Pier Falcone. Pero entre la recámara y el salón, había dos puertas y un corredor.

Sobre la mesa de noche se veían algunas redomas y frascos, reposando en desorden, en medio de papeles y libros revueltos. Conocíase que aquel hombre, lleno de un pensamiento activo, y no teniendo enfermo mas que el cuerpo, se habia encarnizado en el trabajo hasta el último instante.

De debajo de la colcha salía la cabeza negra y alegre de uno de esos preciosos animales que nos vienen de Inglaterra, y á los cuales, su real origen ha hecho dar el nombre de *King's Charles*.

Esto era una manía, diríamos, si Juan Spurzheim hubiera sido capaz de pequeñezes.

Pero se lo advertimos al lector desde luego; es preciso colocar á ese hombre entre los que no hacen nada sin misterio ó sin objeto.

Si la cabeza negra, perfilada y alegre, se percibía debajo de la colcha, era porque para el señor Johann Spurzheim, era útil ó necesario que la cabeza estuviera allí.

Diremos lo mismo respecto de otro objeto que se veía á su lado, junto á la almohada, en la cabecera de su cama.

Este objeto parecíase á la boca de uno de esos pequeños cuernos ó trompas de caza, que los enanos de las novelas caballerescas llevaban suspendidos á su cuello; cuatro pulgadas de diámetro á lo sumo.

Era de marfil. Un cordon bastante grueso, una especie de tubo mas bien, muy flexible, se adhería á él, y ocultaba la estremidad opuesta en un armario, cuya abertura tendria medio pié cuadrado, y cuya puerta permanecía abierta.

Esta puerta no tenia, ni chapa, ni llave, ni boton.

En el salon próximo, cerca de una chimenea, objeto lujoso muy poco usado en Nápoles, Bárbara de Monteleone, esposa del señor director de policía, estaba sentada con los piés cerca del fuego.

El doctor Pier Falcone permanecía en pié frente á ella.

Bárbara de Monteleone tenía actualmente unos cuarenta años. Su rostro era bello, pero demasiado grande para su cuerpo, como sucede á las personas deformes de nacimiento.

Este defecto era apenas sensible, cuando ella permanecía sentada, pues su busto tenía la longitud conveniente.

En cuanto á la deformidad, demasiado aparente, que Bárbara tenía por detrás,—y que era una joroba, puesto que es preciso pronunciar la

palabra—hubiérais podido permanecer en su salon horas enteras sin descubrirla.

Bárbara tenía un sillón de respaldo cóncavo, y se echaba en él con cierta gracia de gran señora. No se levantaba jamas para recibir á nadie. Una larga práctica le habia hecho adquirir tal costumbre en esta postura lánguida y descuidada, que conservaba, á pesar de todo, la mayor libertad en sus movimientos.

En esta postura no se veía realmente, mas que la parte delantera de su talle—esto era cuestion de su costurera—y la noble regularidad de sus facciones, circundadas por una espléndida cabellera negra, notable por su belleza.

Despues de todo, este coqueto estratagema no impedia que todo Nápoles supiera que Bárbara de Monteleone era jorobada; pero permitía—Bárbara á lo menos lo creía así—olvidar á veces esta terrible deformidad, frente á un hermoso rostro y una conversacion llena de agrado.

Bárbara, en efecto, no tenía rival en la corte de Nápoles, en cuanto á ingenio, elocuencia y saber.

Su gran frente, soberbiamente modelada, anunciaba una inteligencia vasta y atrevida; su ojo negro, agudo, profundo, indicaba las sutilezas de un espíritu presente y siempre preparado á la lucha.

Bárbara habia estado desde muy temprano en una posición dependiente. Aunque fuera de raza de príncipes, la muerte de sus padres, y la carencia absoluta de fortuna, la habian puesto á cargo de Mario Monteleone.

El primer aguijon que escitó los esfuerzos de su inteligencia, fué la ambicion de ser condesa de Monteleone.

Mario la habia visto crecer cerca de él. La amaba, como si hubiera sido su hermana menor.

Entre cuantos rodeaban á Mario, su inteligencia y su saber la hacian reina. Ella esperó largo tiempo que la admiracion de su primo se cambiara en un sentimiento mas tierno.

Pero esperó en vano.

Si hay un camino que no conduce al amor, es el de la admiracion.

Bárbara no habia nacido maligna. Nosotros creemos, que la malignidad absoluta no existe.

Ya es mucho que existan el interes y la pasión!

Bárbara era ambiciosa hasta el extremo.

El matrimonio de su pariente con María de los Amalfi, puso el infierno en su corazón.

Habia un hombre en el Martorello que la miraba, desde la humildad de su posición.

Todas, hasta las mas fuertes, se vuelven mugeres, desde que el amor y el orgullo entran en accion.

Bárbara se creyó adorada, y se dijo á sí misma: Este hombre será mi esclavo, y yo necesito de un esclavo.

Tengo necesidad de un instrumento; este hombre será mi instrumento!

Aquel hombre se llamaba David Heimer, y poseia toda la confianza de Mario Monteleone.

Bárbara hizo alianza con él.

Mas tarde le hizo su marido.

Pero resultó que David Heimer, era cuando menos tan fuerte como la misma Bárbara Monteleone.

Fué aquel un extraño matrimonio. Si hubo lucha entre ellos, no duró. Desde el primer choque se juzgaron, é hicieron una tregua.

Así obraban los paladines, cuando las dos lanzas, volando en astillas, dejaban incierta la lucha.

Esos dos séres, reunidos en un mismo pensamiento de ambicion, no se detestaban, como es costumbre. Habia entre ellos una especie de amistad, nacida de la perfecta comuridad de sus sentimientos.

Se estimaban—casi podria decirse.

Y como la desconfianza mas tenaz no siempre vela, la fe mútua habia nacido poco á poco entre ellos. Creian el uno en el otro.

Y esto, tanto mas fuertemente, cuanto que cada uno por su parte se creia imposible de ser engañado.

La obra que ambos proseguian en comun, era árdua.

David Heimer—á quien llamaremos de hoy en mas con el nombre que se habia escogido, el señor Johann Spurzheim—consultaba fielmente á su muger, y Bárbara Spurzheim ponía al servicio de su marido toda su prudencia, toda su astucia, toda su malicia.

Era una liga estrecha y leal por ambas partes—hasta donde es posible que pueda haber lealtad en almas semejantes.

Debemos decir, ademas, que en la corte y en toda la ciudad, se citaba á Bárbara Spurzheim, por los cuidados asiduos que prodigaba á su marido enfermo.

Haria diez minutos, poco mas ó menos, que estaban allí, el uno frente á la otra, Bárbara de Monteleone y el jóven doctor.

Junto á Bárbara habia un enorme libro en folio, abierto, apoyado sobre un pesado pupitre. El libro estaba escrito en lengua latina, que Bárbara leia corrientemente.

Mas allá del pupitre, una mesita de ébano sostenia una esfera celeste, y una gran cantidad de libros, todos de fisonomía respetable.

Un poco mas lejos se hallaba un órgano, con un libro de música, abierto en la tercera fuga de Sebastian Bach.

Del otro lado del salon, dos caballetes soportaban, el primero una tela de Tommaso des Stefani, contemporáneo de Cimabué, en tiempo de Carlos de Anjou; y el otro un cuadro comenzado por la misma Bárbara.

La chimenea, de mármol rojo, de estilo florentino, tenia un friso antiguo de una severa sencillez. Dos enormes ánforas de pasta etrusca ocupaban los extremos.

En torno de las paredes, pendian seis cuadros del Zíngaro (Antonio Solario), y de sus discípulos los hermanos Donzelli.

Uno de dichos cuadros, atribuido á Donzelli el jóven, representaba la muerte de Lázaro.

Los ojos de Bárbara Spurzheim y del doctor Pier Falcone, se fijaban al mismo tiempo sobre esta tela.

Ambos guardaban silencio.

Al cabo de algunos segundos, la mirada de Bárbara abandonó el cuadro, para fijarse sobre el doctor.

Era este un hombre de veintiocho años, de elevada estatura, pero muy flaco y ligeramente encorvado. Sus facciones, de una escesiva palidez, tenian cierta belleza. Sus ojos negros no espresaban en aquel momento, mas que la inmovilidad del pensamiento. Dos ó tres arrugas precoces surcaban su frente, de donde los cabellos iban ya desapareciendo.

Podia ser un pensador; debia ser un hombre audaz. Lo que no puede dudarse, es que era un hombre de grandes necesidades y de grandísimos deseos.

Al mirarlo, Bárbara frunció el entrecejo.

—Es muy jóven!..... murmuró, hablando para consigo misma.

Luego, habiéndose fijado la mirada del doctor en la suya, replicó, como para esplicar el movimiento involuntario de su fisonomía.

—He creido mucho tiempo, que los pintores de la antigua escuela sabian espresar la agonía..... y me engañaba.

—Sin embargo, respondió Pier Falcone, la agonía de ese Lázaro.....

—Precisamente! le interrumpió Bárbara.

—No os parece demasiado horrible?

—Mucho!..... y muy poco!..... Mas acá, y mas allá de la línea de la verdad!..... Los maestros que han venido mas tarde, han embellecido la muerte..... esos la fuerzan y la llenan de convulsiones..... Johann Spurzheim no está así.

Pier Falcone bajó los ojos. Tan horrible así fué la calma con que esas palabras fueron pronunciadas!

Bárbara vió aquel movimiento, se sonrió, y replicó, escogiendo una pastilla contra la tos en una rica cjaetilla de oro;

—Si pudiérais comprometeros á salvar á mi marido, doctor, vuestra fortuna estaba hecha!

—Ya sabeis bien, señora, respondió Pier Falcone, que eso me es imposible.....

—De qué sirve, pues, la ciencia?... murmuró Bárbara con desden. Luego añadió, comprimiendo con un esfuerzo la tos que queria atormentarla:

—Daria cincuenta mil ducados á quien me dijera: Johann Spurzheim vivirá!

—Pues el que dijera eso, mentiria, señora!

Bárbara apoyó sus dos manos contra su pecho, aplastando con un esfuerzo convulsivo las mentiras de su costurera.

—Oh! esta tos! dijo ella; hay momentos en que me parece que un carbon ardiendo se me apaga en los pulmones..... otras veces creo sentir un pesado tapon, que me sube por el pecho, y me ahoga.....

Doctor, doctor, yo tambien estoy condenada?

—Pensais demasiado! contestó el médico.

—Y el pensamiento me mata?

Pier Falcone se sonrió.

—Si me propusiéseis cincuenta mil ducados por responder de vos, señora..... comenzó.

—Consentiríais! exclamó vivamente la esposa del director.

—Pondria por apuesta mi cabeza! concluyó Pier Falcone con una voz firme.

Bárbara le tendió la mano. La tenia fria y húmeda.

—Tomad otra pastilla, la dijo el doctor, porque vais á tener un ataque.

Pero la pastilla no produjo ningun efecto. El pecho de Bárbara se estremeció de pronto, mientras que un rojo vivo teñia la palidez de sus mejillas. Tuvo un ataque de tos, lenta, desgarradora, que causaba afliccion oírla.

Su pañuelo bordado, que acercó á sus lábios, quedó teñido de sangre.

El rostro del jóven médico permaneció impassible.

Bárbara le enseñó en silencio la estensa mancha roja.

El se encogió de hombros.

—Quereis creerme, si ó no? dijo Pier Falcone; no se cura á los enfermos del pulmon..... pues yo os prometo curaros!

Bárbara bebió un trago de agua, y permaneció inmóvil.

Por un instante, sus ojos estuvieron como velados y vagarosos.

Pero de pronto, el rayo se encendió de nuevo en su pupila.

—Ya estoy bien! dijo, muy bien!..... Pluguiese á Dios que mi marido estuviera así!..... respondedme, doctor, con toda vuestra ciencia: no hay ningun medio humano de salvarlo?

—Ninguno, señora!

Bárbara bajó la vista, y pareció vacilar.

—Y.... replicó con una voz demudada; durará eso mucho tiempo?

Pier Falcone creyó haber oido mal.

Como la respuesta no viniese pronto, Bárbara levantó la cabeza.

Miró al doctor frente á frente, y repitió:

—Quiero saber si eso durará mucho tiempo?

—Eso qué, señora?..... balbutió el médico.

—La vida de Johann Spurzheim, mi marido! pronunció Bárbara claramente.

—Pero, señora....

—Quiero saberlo!

—La ciencia no puede fijar....

—Ocho dias?... le interrumpió la esposa del director.

—Es imposible afirmar....

—Quince dias?....

—De veras, señora, dijo Pier Falcone; semejante pregunta....

—Tengo motivos para hacéroslo, doctor, le interrumpió la señora Spurzheim; estoy segura de que no pensais que pueda durar así un mes.....

—No señora, no lo creo; respondió esta vez Pier Falcone.

Bárbara bajó los ojos de nuevo, murmurando estas palabras, que ya habia pronunciado:

—Es muy jóven!

Luego añadió bruscamente:

—Sentaos.

Su mano blanca y larga, le señalaba con autoridad un sillón.

El doctor se sentó.

Bárbara cerró los ojos, y dijo, despues de un minuto de silencio:

—Reflexionad bien, antes de responderme; lo que voy á proponeros es muy sério.... yo lo he pensado maduramente.... Doctor Pier Falcone, quereis que sea yo vuestra muger?

## II.

## UNA MUGER FUERTE.

HABIA sido una buena precaucion obligar al doctor á que tomara una silla. Sin eso, hubiera caido de espaldas.

Quiso hablar; pero la señora Spurzheim le selló los lábios con un gesto imperioso.

—Os he dicho que reflexioneis, señor! pronunció ella con severidad, y no habeis tenido aún tiempo de hacerlo!

Acercó ella su sillón hácia el del doctor, con un movimiento libre y natural.

Su rostro estaba completamente tranquilo.

—Mientras que vos reflexionais, replicó ella bajando la voz, yo hablaré..... Oidme con atencion..... cuando yo lo haya dicho todo, podreis responderme con enteró conocimiento de causa.

Sois jóven, pero sois ambicioso, y os creo audaz..... No esperimento ningun amor hácia vos..... lo que os propongo, es un título de conde, con la fortuna de un rey.....

Los párpados del doctor se entreabieron, y deslizó hácia ella una mirada desconfiada.

La creyó loca.

—No! no! dijo ella con una sonrisa, y respondiendo á aquella mirada; no, no estoy loca..... Os preguntais á vos mismo, ya lo veo bien: cómo podria ella dar un título de conde, y una fortuna régia, cuando no tiene ni uno ni otro?

—Sé que sois rica..... quiso interrumpirla Pier Falcone.

—Miseria! exclamó ella animándose de pronto; rica, yo!..... Duplicad lo que tengo..... Centuplicadlo..... centuplicadlo diez veces, y estareis muy lejos aún de la verdad. La fortuna de que yo os hablo, es inmensa!

—Pero, de qué fortuna hablais? murmuró el doctor, conmovido casi.

—Hablo de la fortuna de los Doria, añadida á la fortuna de los antiguos condes de Monteleone!

La frente del médico brilló, porque brotaron en ella muchas gotas de sudor.

—No me interrumpais! le dijo Bárbara. Ya es la hora en que mi marido despierta del sueño de la noche..... y yo necesito vuestra respuesta antes de que nos separemos.

Sois Compañero del Silencio.....

A pesar de la reciente orden de no interrumpirla, Falcone no pudo contener un grito de terror.

Es preciso no olvidar, que esta acusacion era lanzada contra él, por la muger del director de la policia real, y en su propia casa.

—Señora! exclamó; por mi salvacion....

—Bien! bien! le contestó ella; sois de Nápoles, y los juramentos no os cuestan.... mi pobre doctor, eso es una locura de la juventud.... dísteis vuestra libertad á esa misteriosa asociacion, y hasta hoy la asociacion no os ha dado nada en cambio.... á lo menos, así lo creéis, no es verdad?

—Es cierto! balbutió el doctor.

—Triste cosa es verse á las órdenes de gentes que os conocen, y á quienes vos no conoceis.... Habeis sentido muchas veces.....

—Oh! muchas veces, señora....

Bárbara se sonrió, y se hizo aire con su pañuelo.

—Falcone, le dijo ella, con cierta mueca: *el hierro es fuerte y el carbon es negro.*

El doctor se enderezó; tan profunda así fué su sorpresa!

—Os dispenso de las respuestas de vuestro catecismo, prosiguió ella con un tono ligero. Hago mas.... acudo á vuestro auxilio, luego luego; porque vais á perderos en un mar de suposiciones.... á creer, por ejemplo, que el señor Johann Spurzheim, mi marido, me ha revelado los secretos de la policia real..... y que la misma policia real ha descubierto vuestro secreto.

La policia real no ha descubierto nada, mi pobre doctor.... La hermandad del Silencio pertenece á la policia.

—Es posible!

—Mejor dicho—no puede haber superhería entre nosotros—la policía real pertenece á la hermandad del Silencio.

Los brazos de Falcone cayeron desmayados á lo largo de su cuerpo.

La sonrisa se hizo mas burlona en torno de los delgados lábios de Bárbara Spurzheim.

—Triste cosa, repitió ella; no que la asociación haya sido estéril para vos—no lo es para nadie, porque eso sería su muerte.... La asociación os ha dado la apariencia de lujo y de consideración que os rodea.... Sin la hermandad del Silencio, cuál sería vuestra clientela?

—Yo creía.... dijo el médico con despecho.

—Sin duda le interrumpió Bárbara, siempre creer uno que eso es el resultado de su propio talento.... No quiero decir que carezcáis de él, señor Pier Falcone.... pero hacedme el favor de decirme, quién carece hoy de talento?.... En otro tiempo, el mundo se componía de este modo: algunos leones de génio, en medio del rebaño de corderos de Panurgo.... algunas monedas de oro, en medio del monton inmenso de monedas de cobre.... Panurgo hallaría aún los corderos; pero antes de echarse al agua, los malditos esplicarian el por qué..... En cuanto á los leones, creo que la especie se ha perdido.... Nuestro siglo, al heredar esa fortuna formada de piezas de oro y sueldos de cobre, hizo moneda con todo junto, lo cual produjo un monton de medios, de carlinos, de pesetas..... En medio de todo eso, los ducados son raros.... Yo, que os hablo, no he hallado mas que una onza.... y eso salió falsa!

Precisamente en este momento, en el silencio de la recámara del señor Johann Spurzheim, estalló una carcajada de risa, seca y penosa.

Era el moribundo, que experimentaba un acceso de alegría.

Luego, todo volvió á quedar inmóvil y mudo.

Bárbara Spurzheim prosiguió:

—Teneis talento, Pier Falcone! os habria yo escogido, sin eso?.... Pero si habeis atravesado la puerta de esta casa, en calidad de médico, es porque habeis hecho el juramento del Silencio.... es porque os tienen destinado para algo.... es, finalmente, porque se necesitaba que tuviérais una clientela, para que llegárais al palacio de los condes Doria-Doria!....

Habeis, pues, recibido, mas pronto y mejor que otros, vuestro salario de Compañero.... No hay motivo para quejarse.

No habeis hecho aún nada; estais pagado.... os coloco, por lo mismo, en la lista de nuestros deudores.

Lo que es triste, señor Falcone, es sentirse esclavo y marchar á ciegas, sin saber, sin conocer á dónde se vá, impelido siempre por una voluntad misteriosa.

Quién puede decir en qué moneda se exigirá mañana el pago de vuestra deuda?

Lo que os propongo, es quitaros la venda que os cubre los ojos, y deramar la luz en medio de las sombras que os rodean.

Lo que os propongo, es la libertad.... más todavía, porque conmigo, de esclavo vais á tornaros en señor!

Lo ignorais todo; yo puedo revelároslo todo.

Yo soy dama del Silencio, y soy la única....

Y se quitó del dedo medio un anillo de oro, adornado con tres diamantes formando triángulo. Este anillo era semejante, á escepcion del metal, al de Mario Monteleone.

Tenia la divisa latina: *Agere, non loqui.*

Pier Falcone lo tomó, lo examinó, leyó las tres palabras de la divisa latina y lo devolvió.

Todo esto en silencio.

Obedecía al pié de la letra: reflexionaba.

Bárbara lo miraba con un aire contento, como un profesor que aprueba la conducta de su discípulo.

—Sois joven, replicó ella; y eso es lo que me detiene hace mas de ocho dias.... porque hace ocho dias que he perdido toda esperanza de conservar á mi marido.... Pero vos sois prudente; os creo atrevido.... y sé que un vano escrúpulo no os detendria....

Antes que no esteis ligado á mí de una manera estrecha é irrevocable, no quiero decir os todo lo que conviene saber.

Puedo tan solo poner os en estado de juzgar el porvenir que os reserva.

Para esto, basta con dos cosas: haceros conocer mi pasado, y el de la asociación.

La asociación fué fundada por un santo. Ya habeis oido hablar de Mario Monteleone, gran maestro de los *cavalieri ferrai*.

Su objeto primitivo fué hacer el bien, pura y simplemente.

Tuvo otro despues de la muerte de Mario Monteleone; dos debia yo decir, el uno aparente, y el otro oculto.

El primero, fué la venganza del gran maestro, asesinado; el segundo, fué una conquista.

El primero, es un pretexto y un estandarte. Será por largo tiempo el secreto de nuestra fuerza. El otro, se habria alcanzado ya, si hubiera habido entre nosotros un hombre, un leon, una de esas monedas de oro.... de que os hablaba hace poco!

Pero no os lo he dicho todo aún. Hubo una tercera época, en la cual estamos todavía.

Un hombre vino á nosotros; un gigante, ó un loco, no lo sé.

A óste no lo juzgo; lo detesto!

Tal vez es el leon. Si es el leon, ya le cogemos en el lazo.

El bello como un semi-dios. Si yo fuera jóven y bella, quisiera arrastrarme á sus piés.....

Pero lo aborrezco! lo aborrezco!!.....

Bárbara pronunció estas palabras por dos veces, con una terrible energía.

—Ese, replicó ella bajando los ojos y la voz, mientras que un punto rojo manchaba la palidez de sus mejillas; ese, con el poder de no sé qué vara mágica, nos ha hecho lo que somos..... Le deberíamos todo, si no hubiera obrado solo para él..... para él solo..... Por él la ciudad es nuestra..... Rodeamos el trono.....

Pero, lo que ese hombre quiere para sí, sin razon y sin derecho, lo quiero yo para mí..... y lo tendré!

Mira sin cesar hácia arriba..... No verá, pues, el lazo tendido á sus piés.....

Yo lo haré pedazos, lo juro! No porque es nuestro tirano y tiene el pié sobre nuestra cabeza; sino porque ese bien que desea, es mi bien, y quiere robarme mi herencia.

Esa herencia..... la he comprado con sangre!! Debe ser mia!

Pier Falcone, por lo que te digo, juzga si eres mio.

Pues voy á decirte todavía otra cosa:

Antes de llamarme Bárbara Spurzheim, tenia yo el nombre de Bárbara de Monteleone.

—Cómo!..... exclamó el jóven doctor. Vos seríais!.....

—Soy la única del nombre..... Mario murió sin hijos..... no hay mas heredero que yo!

No me pidas esplicaciones, Pier Falcone; sabes tú ya demasiado, y yo no sé aún si tienes el derecho de reflexionar.

El doctor se acercó á ella respetuosamente, tomó su mano, y la besó.

—No, señora! dijo él; no tengo el derecho..... No diré, pues, que acepto: eso seria muy poco..... me doy á vos, me entrego con transporte.....

Bárbara fijó en él sus ojos medio cerrados, de donde brotaba un rayo sutil y penetrante.

—Muy bien dicho está eso, señor Pier Falcone! murmuró ella. Sois un hombre astuto.....

—Señora.....

—Muy astuto!..... muy astuto!..... Seréis capaz de aparentar que me amais, en caso necesario.....

—Lo dudaríais?.....

—No os lo prohibo, le interrumpió Bárbara sonriéndose; cuando lle-

gue la ocasion, tendremos necesidad de una excusa á los ojos del mundo..... El amor solo podrá dárnosla..... Muy bien! sereis un hermoso conde, Falcone!..... El mundo, imbécil y ciego, podrá decir: La vieja se ha enamorado de este jóven.....

Habia dureza, pero no amargura, ni despecho, en estas palabras.

—Pero la vieja tomará sus precauciones, prosiguió ella cambiando de tono; para que el jóven nunca quiera convertirse en su amo..... eso es todo!

Era ciertamente difícil la posicion del doctor, frente á semejante amante.

No sabia ni qué actitud tomar, ni qué palabras pronunciar.

Bárbara acudió en su auxilio:

—Falcone, le dijo ella tendiéndole la mano, con una especie de cordialidad; tendreis en mí una buena amiga..... Sereis noble, rico, poderoso..... tal vez dichoso!..... No pretendamos jamas engañarnos el uno al otro..... Seamos aliados fieles y sinceros; nada mas, ni nada menos!

—Podeis contar conmigo, señora, pronunció resueltamente el doctor, como sobre vuestro mas fiel servidor!

—Ya veremos eso, replicó ella; y mas pronto de lo que pensais!

Soltó la mano de Falcone, que tenia entre las suyas, y se puso á meditar.

—Qué mas tengo que deciros? murmuró. Tal vez os preguntareis, por qué he ocultado en la corte de Fernando de Borbon ese nombre que es mio; ese nombre de Monteleone, que el rey honraba tanto..... porque Mario, mi pariente, era su mejor amigo..... Lo he ocultado, porque hay dos personas vivas entre mí y la herencia de Mario..... el conde Loredano Doria y la condesa Angélica!

La frente del jóven doctor se arrugó involuntariamente.

—Adivináis ya, prosiguió Bárbara, que nos será necesario pasar por un camino en donde hay sangre?

Y como Falcone palideciese:

—Lo que es á esos, no los detesto, replicó ella. Es un hermoso jóven..... una preciosa niña!..... solo que están á través de mi camino..... Pero, no decís vos nada, señor Pier Falcone?

—Señora..... balbutió éste; temo comprender.....

—No temais nada! comprendedlo todo! dijo Bárbara secamente. Eso es necesario..... No tengo de ninguna manera ánimo de proponeros enigmas..... No sé que haya palabras capaces de quemarme los labios al pronunciarlas..... y sea lo que fuere lo que tengo que deciros, os hablaré siempre en buen italiano..... Os escojo por esposo en lugar de Johann Spurzheim, á quien siento sinceramente..... muy

mucho..... á quien sentiré siempre; tenedlo entendido desde ahora.... porque formábamos una excelente pareja; hembra y macho!... la misma vocacion, la misma ambicion, la misma alma..... Os escojo en su lugar, para que vos hagais lo que él hubiera hecho..... y hé aquí lo que hubiera hecho: habia condenado tres cabezas; el príncipe Coriolani, Loredano Doria, Angélica Doria.

Los dientes del doctor se entrecocaron.

La calma de aquella mujer le espantaba.

—Condenados!..... murmuró; y cómo?

—Como condena el Silencio!

—Tres asesinatos!.....

—Vosotros los médicos, señor Falcone, teneis otra clase de armas que nosotros..... os dejaré la eleccion!

Por la segunda vez, su pecho se estremeció, y sus mejillas se pusieron lívidas, en torno de la mancha roja que marcaba la prominencia de los pómulos.

Tosió. Toda una esquina de su pañuelo se tiñó de sangre.

Como Falcone se acercase á ella con un vaso de agua, en el que acababa de derramar algunas gotas del líquido contenido en un frasco que sacó del bolsillo, ella lo rechazó suavemente.

Sufría mucho aquella muger, se veia claramente, pero se sonreia.

—No.... oh! no!.... le dijo con un tono ligero; desde el momento en que sois mi futuro, dejo de teneros á sueldo... ya no sois mi médico!

Viendo Falcone en aquellas palabras una sospecha, se bebió de un golpe el contenido del vaso que tenia en la mano.

—No habia nada en ese, ya lo veo, dijo Bárbara con frialdad; pero no quiero un médico que se vea obligado así á beber todas mis medicinas.

Falcone se inclinó.

—Que no haya rencor, dijo ella, y para volver á lo que nos importa; habeis matado alguna vez, señor Falcone?

Este dió un paso hácia atrás al oír aquella incalificable pregunta.

—En duelo?... prosiguió Bárbara; en un caso de legítima defensa?... á pesar vuestro, en fin?....

—Jamás!.... señora.... jamás! la interrumpió el doctor.

—Y sin embargo, dijo ella como hablando para consigo misma, la ciencia de Gall es de una certeza matemática!....

—Sueños! exclamó Falcone.

La señora Spurzheim le tomó una mano, y le atrajo hasta ella:

—Bajaos, os lo ruego, doctor! le dijo.

Falcone obedeció maquinalmente.

Bárbara paseó sus largos y pálidos dedos sobre las protuberancias posteriores de su cráneo.

—Tentaos vos mismo, le dijo ella señalándole un lugar detrás de la oreja, un poco hácia arriba. Gall y nuestro homonimo el doctor Spurzheim, llaman políticamente á este órgano, el de la *destruccion*.... Consolaos, señor Falcone; si no habeis matado aún, matareis!

Y al decir esto, lo cubria con una mirada fija y helada.

Pier Falcone no pudo sostener aquella mirada.

Y cuando oyó de nuevo la voz de Bárbara, se estremeció como un culpable.

—Habeis matado, decia esa voz lenta é implacable, habeis matado... no en duelo... no en caso de legítima defensa... no por casualidad ó á pesar vuestro.... La ciencia es positiva, y vos mentís, Pier Falcone.... Sois un asesino!

El médico lanzó un prolongado suspiro, y se dejó caer sobre un sillón, con la cabeza apoyada contra ambas manos.

Bárbara Spurzheim se levantó. Os hubiera costado trabajo reconocerla; tanto así perdía abandonando aquel sillón, aquella plaza fuerte que defendia su espalda de toda profana mirada.

Cuanto habia en ella de nobleza y de dignidad cuando estaba sentada, desaparecia en el momento en que mostraba las deformidades de su persona.

Bárbara era toda busto—por decirlo así. La desproporcion entre la altura total de su individuo, y el enorme desarrollo de su cabeza, saltaba á la vista, cuando renunciaba á las ventajas de esa postura, que no ponía en evidencia mas que su torso.

Marchaba brincando sobre sus piernas, cortas y desiguales; á cada paso, sus caderas se iban de uno y otro lado.

Todo el sentimiento que ella inspirara antes, se cambiaba ante aquella vista inesperada.

La gran señora, transformada de pronto en enana, perdía al momento todo su prestigio.

Pero es preciso no engañarse: la sensacion que se experimentaba, no era ni de piedad, ni de risa.

Era temor.

Habia algo de hada maligna y cruel, en aquella jorobada de cuatro piés de altura.

En esos momentos se presentaba en su verdadero aspecto. Antes se la veia á través de un prisma engañoso; estaba en escena, por decirlo así.

Una hada! era una hada!! La hada siniestra de los cuentos que no

han hecho estremecer en la niñez! la hada terrible que se encarniza en la cuna de los pobres niños.

Nada mas que viéndola, comprendia uno esa lúgubre historia de los niños de Monteleone.

Esa muger debia haber combinado negros proyectos entre la sombra, sin remordimientos y sin debilidad. Las lágrimas del padre, los desgarradores gemidos de la madre, debieron haberse deslizado sin hacer mella, sobre aquel corazon de acero!

Comprendíase tambien, viéndola, la causa de los misteriosos terrores que habia inspirado ella á los habitantes del Martorello.

Allí tambien la llamaba la hada—la bruja. Nadie creia que el porvenir tuviera secretos para ella!

Cuando se veia, en medio de la noche, su ventana siempre iluminada en la casa de Mario Monteleone, un extraño terror acometia al transeunte que se habia atrasado en su camino.

Qué hacia ella á esas horas en que todos los demas reposan? Cuál era ese trabajo que jamas tenía descanso?

Todo lo sabia aquella muger, y de todo era capaz!

Los poetas de lo maravilloso, Bojardo, Berni, Ariosto, no siempre crian gigantes cuando quieren inspirar terror: los enanos son tambien terribles, y causan miedo.

Aquella muger causaba miedo!

El hombre que se habia casado con ella, debia ser el mas impuro de los malvados.

—Falcone, dijo Bárbara, deteniéndose delante del doctor, cuyo rostro permanecia velado; yo lo sabia bien..... yo lo sé todo..... Es preciso que un hombre sea mio, completamente mio, para que yo le hable como os he hablado á vos.... Johann Spurzheim era mio; por eso es por lo que lo siento.... Sois mio, Falcone.... por eso es por lo que os digo: Miradme bien; no me habíais visto nunca!

Y apartó ella misma las dos manos del doctor, cuyos ojos se clavaron sobre ella.

Pero bajó la cabeza, apenas la hubo mirado.

Bárbara decia la verdad: no la habia visto jamas.

Porque no la habia mirado mas que en su sillón, ó en la cama, en donde tenia apariencia de muger.

Los dientes de Bárbara hicieron rotar algunas gotas de sangre de sus lábios.

La coquetería existe siempre; la mas repugnante fealdad no la impide nacer.

Fué preciso á Bárbara un esfuerzo violento, para no manifestar su mortal despecho.

—Doctor, dijo ella con un tono libre y ligero; hé aquí por qué me veo obligada á comprar un marido.... No os querais dar por ofendido, como lo haria un imprudente ó un tonto, no me digais que no estais de venta. He conservado las mejores flechas de mi carcaj, y la respuesta seria un rayo.... Acordaos bien de esto; por otra parte, no es á vos á quien quiero, sino vuestra ayuda.... no tengo necesidad de un marido, sino de un cómplice.... Llamo las cosas por su nombre. Si he hablado de matrimonio, es porque se necesita la forma sacramental para daros el derecho de obrar por mí, y porque ademas, sin el sacramento, no tengo yo ningun pretesto para poner sobre vuestras espaldas el manto de conde Monteleone.... Se me ha puesto en la cabeza ser condesa de Monteleone, y ese sueño se realizará! yo lo quiero!....— Ahora que ya me habeis visto, no me preguntareis por qué no voy á la corte.... Cuando sea tiempo, vos íreis á la corte por mí. El rey me conoce: tengo cartas de su puño y letra.... El rey no sabe que yo soy la muger de Johann Spurzheim. Al escribirle, jamas he firmado mas que *Bárbara, condesa de Monteleone*.... El rey hará de mi marido el señor mas grande de todo el reino.

Dicho esto, se calló.

Pier Falcone, despues de un momento de silencio, se volvió hácia ella y dijo:

—Acepto.

—Sin condicion?

—Sin condicion.

—Ah! ah! mi hermoso doctor! exclamó la señora Spurzheim, clavando su mirada, aguda como un dardo, hasta el fondo del corazon de Falcone. Eres mucho mas ambicioso de lo que yo creia, ó tienes un pensamiento oculto.... Si no eres mas que ambicioso, está bien, iremos mas allá de tus deseos.... Si tienes un pensamiento oculto, eso es cuenta tuya.... Algunos, en mi vida, han querido jugar conmigo, y han muerto!

En el momento en que el doctor iba á responder, tocaron suavemente en la puerta exterior del salón.

Bárbara dijo:

—Entrad!

Un pobre diablo, bastante parecido á los escribientes de los escriba-

nos, cabellos lisos, piel abronzada, camisa neutra, se presentó en el quicio de la puerta.

Saludó por tres veces, acariciando la pluma que tenía colocada detrás de la oreja.

—Qué es lo que hay, Privato? preguntó la señora Spurzheim.

—Es el inglés, respondió Privato.

—Qué inglés?

El pobre muchacho Privato tenía un empleo de doscientas pesetas anuales en la policía real. No hay con esto con que alimentar un águila.

Lo que es él, no era un águila, por cierto.

Privato se rascó un poco las uñas, para tener aplomo, y respondió:

—Un inglés flaco, con el cuello del paltó levantado, espejuelos azules, y vientre de bola.... los cabellos color de paja.... Trae cartas para su excelencia.

—Ya sabéis bien, Privato, dijo Bárbara, que su excelencia está muy malo, y no puede recibir.

—Ciertamente! ciertamente! replicó el empleado; pero son tan raros esos ingleses.... Ahí me ha chapurrado qué sé yo cuantas cosas.... He comprendido que venia por el gran negocio.

—Cuál negocio?

—El negocio de Lóndres.... los diamantes.

—Privato, pronunció severamente la directora; guardaos de saber más de lo que conviene, amigo mio.

El empleado de doscientas pesetas de sueldo quedó contrito.

—Decidle á ese hombre que vuelva mañana, añadió la directora, señalando con el dedo la puerta al empleado.

Privato no se movió. Estaba suspenso, entre el deseo que tenía de obedecer, y la necesidad de cumplir estrictamente con su encargo.

—La señora conoce mi respeto profundo, diré mejor, la veneracion extraordinaria que tengo hácia ella—murmuró royéndose las uñas hasta sacarse sangre—quisiera mejor ceder mi lugar en el paraíso á mi mas grande enemigo, que disgustar á la señora.... Pero el inglés no quiere irse!

—Cómo se entiende, no quiere irse!

—Vuestra ilustre señoría tenga piedad de mí!.... Ya me ha sacudido dos ó tres veces las espaldas.... y cinco ocasiones me ha puesto el puño debajo de la nariz....

—Cuál es el nombre de ese inglés?

—Un nombre muy arrevesado.... Peter Paulus Brown.

—Brown! repitió Bárbara estremeciéndose.

Y sacó vivamente de su seno una carterita, que consultó.

—Brown! dijo á media voz; tengo el nombre, pero no el secreto....

—Privato, replicó Bárbara; eres un muchacho inteligente... trata de introducir á ese Brown, con el pretesto de que pueda esperar mas cómodamente, en la jaula en donde se encierra á los peleoneros nocturnos.... Lo encerrarás allí.

El empleado se frotó las manos con energía, exclamando:

—Bien pensado, ilustre señora!.... lo que es tener un espíritu superior. En la jaula podrá aporrear las paredes á todo su sabor!

Diciendo esto, dió el último mordisco á sus uñas y se marchó.

—Qué teneis que decirme, doctor? preguntó Bárbara tan luego como Privato se hubo marchado.

—Tres cosas, señora, respondió Falcone. El Poundjaub es un diamante sustraído por un minero, de las canteras del Mogol.... Es tan rico, que no puede ser comprado mas que por un rey.... El hombre que lo posee se llama Brown....

Mientras que Falcone hablaba, Bárbara pensaba.

Al fin dijo en voz alta:

—Desde hace ocho dias que Johann Spurzheim no se levanta, he sorprendido muchos secretos.... Pero no lo sé todo todavía.... y es necesario que yo lo sepa todo.... Hay ahí abajo, en el gabinete de mi marido, tres cartas que no he podido leer, porque están escritas con unas cifras que no son las nuestras.—Ya es la hora en que vamos á ver á Johann. Recordad bien todo lo que voy á deciros. Debeis prescribir á mi marido:

Que absolutamente se ocupe de negocios;

Que permanezca en su cama, so pena de la vida.

Y le aconsejareis, que descanse en alguna persona de los grandes intereses que lo preocupan demasiado, y que lo están matando.

Me habeis comprendido?

—Os he comprendido, señora! respondió Pier Falcone.

—Ahora, replicó Bárbara, reasumamos lo que atañe á nosotros dos: por vuestra parte, promesa de matrimonio, bajo juramento, al cabo del año de mi duelo de viuda.... No hay necesidad de escribir, yo sé cómo obligar á las gentes á que cumplan sus promesas.... Si lo dudais, señor Falcone, informaos de lo que han hallado esta noche debajo del puente de la Magdalena!

Por mi parte, igual promesa de matrimonio.

Division de la fortuna que obtendré, por derecho de sucesion, y el título de conde, que el rey no puede rehusar al esposo de Bárbara de Monteleone.

Finalmente, el día mismo en que Johann Spurzheim muera, su herencia de *cavaliere Ferraio*, y su anillo de hierro.....

Vuestro brazo, doctor; vamos á cuidar á nuestro querido enfermo!....

Pier Falcone se inclinó en silencio, y le presentó su brazo.

Si nos transportamos ahora á la recámara en donde reposaba el señor Johann Spurzheim, contemplaríais una estraña sonrisa sobre su rostro aniquilado y color de plomo.

Cómo espresar lo que era aquella sonrisa? Era la sonrisa del matemático, que halla exacta la prueba de un cálculo árduo y complicado.

Era la sonrisa del artista, frente al objeto raro y precioso que deseara mucho tiempo en vano.

Era, sobre todo, esa sonrisa que no se vé mas que en los salones del teatro. La sonrisa del hombre que ha seguido el drama con atención y buena fe, y que ve cortar de pronto el nudo gordiano del interés.

Una sonrisa de desenlace—nos atreveríamos á decir.

Pero aquella sonrisa formaba un contraste raro, estraño, en medio de aquella agonía.

Y sin embargo, no habia allí nada; ningun drama que pudiera verse ú oirse.

La recámara estaba desierta, como en el momento en que la dejamos.

El drama no existia, sin duda, mas que en los sueños del fiebre.

Y no obstante, en el momento preciso en que Bárbara le decia á su nuevo caballero: "Vuestro brazo, doctor," Johann Spurzheim experimentó como un choque del movimiento que hicieron.

En el mismo instante, la cabeza negra del King's Charles salió entera de debajo de la colcha, enseñando sus grandes pupilas negras y amarillas: oro engastado en azabache.

Ladró suavemente.

Johann, con su mano enflaquecida, que tenia ya cierto tinte cadavérico, acarició al perro, murmurando:

—Bien, Love! bien!

Y le dió un biscocho, que el perro se puso á roer, acurrucado debajo de la colcha.

Johann Spurzheim, con una libertad de movimientos que no se hubiera creído en él, al ver su moribundo aspecto, estendió el brazo.

Tenia en la mano ese objeto de forma redonda, de marfil, que hemos comparado á la boca de un instrumento de viento.

El susodicho objeto, con el cordon flexible que le servia de apéndice, fué arrojado con bastante viveza en el fondo del armario incrustado en la pared.

Johann corrió en seguida la puerta del armario, que se cerró sin ruido.

Y se cerró tan bien, que despues os hubiera sido imposible hallar las señales de una puerta.

Hecho esto, Johann apoyó de nuevo su cabeza sobre la almohada, y cerró sus ojos, cuyos párpados transparentes tenian en el centro ese siniestro punto negro, que causaba miedo y compasion.

### III

#### UN MATRIMONIO EJEMPLAR

APENAS Johann Spurzheim habia cerrado los ojos, cuando la puerta de su recámara se abrió con precaucion.

Bárbara, su mujer, entró apoyada en el brazo del doctor Pier Falcone.

Junto á la cabecera de la cama habia uno de esos sillones de respaldo cóncavo, que eran del uso particular de la señora Spurzheim. Allí era donde la habia visto siempre el doctor, en los momentos de sus visitas.

Bárbara se colocó en su lugar.

—Héme aquí en el desempeño de mi mision! murmuró ella sonriendo. Aun cuando toda ilusion hubiera quedado destruida, Pier Falcone